

**CAMINATA
EN LA LUNA
CAMINATA
CON EL HIJO
DE DIOS**

**Charles M. Duke Jr.
Astronauta del Apolo 16**



La anticipación era enorme. Mi cuerpo entero vibraba con el rugir de los cohetes del Saturno V.

Era la culminación de seis años de intenso entrenamiento e innumerables simulaciones que resultarían en el Apolo 16, la quinta expedición del hombre a la luna. Mis compañeros de vuelo, John Young, Ken Mattingly y yo, con los cinturones de seguridad firmemente atados a los asientos, ansiosamente seguíamos el conteo descendiente: 5,4,3,2,1, ¡despegue!

En escasos segundos cruzamos la atmósfera y alcanzamos órbita, empezando así el primero de los once días más emocionantes de mi vida.

Sin lugar a duda el paisaje más espectacular sería la tierra observada desde 18,000 millas en el espacio. Nuestro planeta, con el azul intenso de los océanos, el blanco brillante de las nubes y la nieve, y los continentes con tonos en café se veía como una joya colgada en la negrura del espacio.

En la luna no salía de mi asombro, caminaba en admiración de la increíble quietud, de aquel paisaje repleto de cráteres, donde solo se distinguen diferentes tonos de gris. Observaba un medio ambiente primitivo, virgen, puro. Me sentía orgulloso y privilegiado de

pertenecer a un selecto grupo de hombres escogidos para esta experiencia.

SIEMPRE EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES

Desde joven encaminé mi vida en busca de éxitos. Terminé mis estudios preparatorios con el primer lugar en la Academia "Admiral Farragut" en St. Petersburg, Florida. Posteriormente obtuve el título de Ingeniero en Ciencias Físicas en la Academia Naval de los Estados Unidos.

Debido a ser propenso al mareo, me vi forzado a solicitar mi cambio a la Fuerza Aérea. Con redoblado esfuerzo completé el entrenamiento como piloto de combate.

En busca de promoción serví tres años basado en Alemania. No conforme con eso, solicité y fui aceptado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) donde obtuve maestría en aerodinámica y tecnología espacial. Durante este período conocí y contraí matrimonio con mi esposa Dotty.

Después de analizar mis opciones profesionales era evidente que para ascender como piloto y en la carrera militar, tenía que continuar mis estudios en la Escuela de Piloto de Pruebas en la Base Edwards en California. Solicité el cambio y fui aceptado.

CAMINO AL FRACASO

Tenía dos años de ser piloto de pruebas, cuando una mañana leí un anuncio en el periódico "Los Angeles times" en el que anunciaban planes para seleccionar astronautas. Entusiasmado por la posibilidad de ascender más en mi carrera, llené una solicitud y fui seleccionado como candidato a astronauta en la NASA. Nos mudamos a Houston en 1966.

Mi nueva posición trajo éxitos inmediatos. Aparecer de mi nombre en los periódicos, ser invitados a fiestas, ser aceptados en sociedad. El nuevo trabajo trajo reconocimiento y mi egolatría crecía y crecía debido a la inmediata aceptación. Me gustaba el trabajo y lo que traía consigo. Trabajaba muy duro. Quería el pináculo, un viaje a la luna. Los años siguientes los dediqué a largos días de trabajo y una completa vida social.

Por supuesto, mi matrimonio comenzó a resentir. No tenía mucho tiempo ni interés de mi parte hacia esa parte de mi vida. En gran parte relegué la responsabilidad del matrimonio y la familia (para entonces ya teníamos dos hijos) a Dotty y como consecuencia, ella empezó a sentir el peso y la soledad.

El viaje a la luna no mejoró nuestro matrimonio y Dotty estaba deprimida, e inclusive tenía tendencias suicidas. Ella

consideraba nuestra relación como lo principal en su vida, y dicha relación estaba fallando.

Hasta ese momento había hecho del trabajo el punto focal de mi vida. Al terminar el programa Apolo sentí que había alcanzado la última meta, caminar en la superficie de la luna. Por primera vez en mi vida nada parecía un reto y empecé a experimentar frustración y aburrimiento. En busca de una nueva motivación decidí cambiar de giro. Mi nuevo objetivo: el éxito económico, establecer un negocio y amasar fortuna. Nos cambiamos a New Braunfels, Texas y me entregué por completo a mi nuevo trabajo, dedicándole muchas horas cada día.

¿QUIEN DICES QUE SOY?

A pesar de haber viajado por los cielos no había encontrado a Dios en mi viaje. La verdad es que tampoco lo encontraba en la iglesia. ¿Mi idea de Cristo? Lo consideraba un gran maestro, a la par de Mahoma y Buda. Los domingos asistía a la iglesia con desinterés y leía la Biblia sin creerla.

Poco después de haber dejado la NASA noté un cambio en Dotty que me tenía intrigado. Me platicó de como, en respuesta a sus oraciones, su vida había

adquirido un propósito nuevo y una nueva paz. Empezó a aceptarme y amarme como nunca antes.

Un mes después de vender el negocio, Dotty me invitó a asistir a un estudio de Biblia que se llevaría a cabo por dos días en un club de tenis, cerca de casa. El estudio empezaba por Genesis y continuaba hasta el Apocalipsis. Con la Biblia en mi regazo, una taza de café en la mano y sumergido en un mullido sillón, de pronto se cayó la venda de mis ojos. Comprendí que Dios había amado a Charlie Duke desde el momento que creó al mundo.

Comprendí como el hombre le dio la espalda a Dios, quien constantemente dio el mismo mensaje "Vuélvete a Mí y yo seré tu Dios y te bendeciré".

Las Escrituras constantemente apuntan hacia el Mesías, Jesucristo, como el único medio de salvación. Por primera vez comprendí el evangelio según San Juan "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad." ¿Sería cierto?

De pronto me dí cuenta que tenía que enfrentar la pregunta más importante hasta ese momento. Jesucristo me decía

en el corazón "¿Quién dices tú que soy yo?". Solo había dos respuestas, o Jesucristo es el hijo de Dios, o un gran mentiroso.

Camino a casa volví mis ojos a Dotty y le dije: "Amor, no me cabe la menor duda de que Jesucristo es el hijo de Dios". Charlie Duke había nacido de nuevo.

CAMINANDO CON EL SEÑOR

No sentí la emoción de un despegue hacia la eternidad, pero gracias a la Palabra de Dios sabía que por medio de la fe, El había entrado a mi corazón. Tenía hambre de su Palabra, así que empecé a orar: "Señor, enséñame la verdad escrita en la Biblia".

También oraba: "Señor, ayúdame a amar a mi esposa. Quiero ser un buen esposo y padre". Dios hizo exactamente eso. Jesucristo puso un amor, Su amor, en mi corazón por mi esposa. Jesucristo sanó nuestro matrimonio. Al haber puesto a Cristo como centro de nuestras vidas, y mientras más lo conocíamos, El llenaba nuestros corazones con su amor por El y del uno por el otro.

Pasé los meses siguientes en constante estudio de la Palabra. Una noche desperté y sentí la presencia de Dios. Arrodillado le hice entrega de mi vida. En ese

momento fui lleno del Espíritu Santo y me dio el don de compartir con otros su Palabra y dedicar mi vida a Cristo.

Dotty y yo comenzamos por orar por los enfermos y hemos sido testigos de milagros de Dios. Hemos visto ciegos recuperar la vista, sordos que han vuelto a oír, enfermos de cáncer sanados, y vidas cambiadas.

Hasta ese momento nunca había experimentado algo tan emocionante en mi vida, como que a través del poder de Dios, haya encontrado amor, paz y felicidad.

En 1972 viajé en el Apolo 16 en una fantástica aventura. Acostumbraba decir que podía vivir 10,000 años y nada se compararía a caminar sobre la luna. Sin embargo, todo el orgullo y satisfacción de esa aventura palidece comparado con la aventura de conocer a Dios, una aventura que dura para siempre, caminar con el Hijo de Dios.

Para mayor información llame o escriba a:

La Manada Pequeña

Pedro Luis Ogazon 110, Col. Vallejo

México, D.F. 07870

Tel.: 52-5-537-8767